

UN CRIOLLO SABANERO, HEROE DEL PERU Y DE AMERICA



Coronel JAIME DURAN POMBO

Dedico este trabajo a los Alféceces de la Escuela Militar de Cadetes, quienes el próximo 1º de junio se graduarán como Subtenientes del Ejército Nacional y quienes integran el curso que se denominará Coronel de Artillería "JOSE CORNELIO BORDA".

Se inició el combate después del medio día. Los agresores encontraron resistencia más seria de la que habían apreciado. Una de las granadas que disparaban las embarcaciones enemigas se introdujo al Torreón de la Merced, en donde estaba instalado el Comando de la defensa del Puerto. El artefacto estalló. La explosión incendió los saquitos de pólvora negra que los Artilleros venían utilizando para responder al ataque naval. La violenta detonación que siguió, hizo estremecer todas las otras fortificaciones del Callao. La onda explosiva —aun cuando débil— alcanzó a ser percibida por las gentes de la ciudad de Lima.

Muchos fueron los destrozos que sufrió el Torreón. Los cañones quedaron inutilizados; la munición perdida, los muros, el almenar y los andamiajes resquebraados, en parte demolidos y seriamente averiados.

Una columna de humo, pólvora, tierra y escombros se levantó desde las costas del Pacífico hacia el cielo. Era, como el postrer homenaje que al Dios de América, de la Libertad y de la Patria, rendían quienes se habían

inmolado, por el caro ideal de la Independencia.

Con la detonación, el estupor sobrecogió a los contendientes. Las bocas de fuego, de unos y de otros, dejaron de arrojar sus cargas mortíferas. El silencio que sigue a las fuertes explosiones se extendió sobre la playa y las olas del mar. La vieja fortificación se doblegó como un coloso cansado de combatir. Fue éste el último estrago que, en las tierras hasta entonces libres de América, causaron las armas españolas.

En medio de los escombros, mutilados y cercenados por las esquirias se hallaban, entre otros, los cadáveres del Coronel Don José Gálvez, Ministro de Guerra del Perú y del Coronel Colombiano Don José Cornelio Borda y Sarmiento.

Pasado el estruendo, el Comandante español aprovechó la sorpresa para poner proa hacia la Isla de San Lorenzo. Eludía el combate. Varias de sus embarcaciones estaban en peligro de zozobrar. Se refugió en la Isla para reparar las averías mayores y zarpar para siempre rumbo a las Filipinas. Este fue el último intento que hizo España para reconquistar sus antiguas posesiones de Sur América.

Así fue la tarde del dos de mayo de 1866 en el Callao. El Almirante español Méndez Núñez había escogido precisamente ese día para atacar el principal puerto del Perú. Quería, con un triunfo que nunca logró, celebrar las efemérides gloriosas que la Madre Patria conmemora en esa fecha. Si el pueblo de Madrid, se levantó contra los invasores napoleónicos en 1808, sus descendientes peruanos supieron, también, defender la Independencia y soberanía que, conseguida después de cruenta lucha en Ayacucho, estaba ahora amenazada por las naves que Isabel II enviaba al Pacífico a realizar expediciones científicas —según decía—

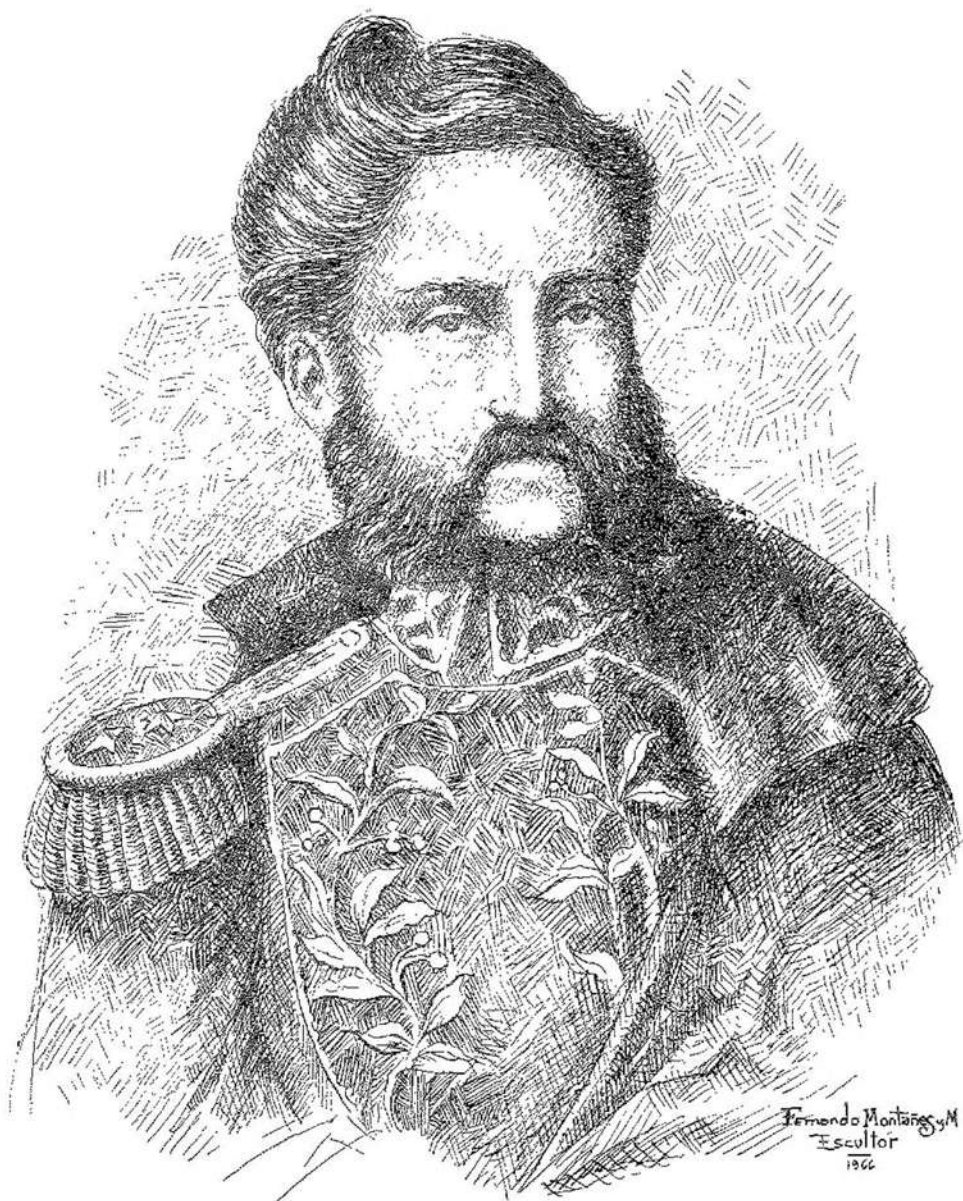
pero en realidad a desembarcar y ocupar Valparaíso, Abtao, El Callao y posiblemente Guayaquil.

Delicada era la situación que atravesaba el Continente. Hispanoamérica era codiciada por las grandes potencias. Francia con la venia y colaboración de los Gobiernos de Londres y Madrid, había entronizado un Emperador Austriaco en Méjico. El aventurero Norte-Americano William Walker después de deponer al Presidente Chamorro de Nicaragua y asumir el poder ejecutivo en ese país, había invadido a Honduras para realizar asalto similar contra el Gobierno de Tegucigalpa. Entre tanto, las naciones libres de América, se trababan en querellas domésticas o en disputas de fronteras con sus vecinas. Las jóvenes naciones recién salidas del coloniaje parecían ser fácil presa de las ambiciones de Napoleón III, de la Reina Victoria de Inglaterra, de O'Donnell el Ministro de Isabel de España o de los aventureros esclavistas de California.

El triunfo de los peruanos en el Callao al repeler la agresión del Almirante Méndez Núñez, y la victoria de Benito Juárez en Querétaro —donde hizo prisionero a Maximiliano de Habsburgo— marcan el epílogo de la guerra Magna de la Independencia en los pueblos que por entonces habían conseguido ya libertarse de España.

La participación de nuestro compatriota, el Coronel de Artillería Don José Cornelio Borda, en tan importante y significativa acción de armas, lo señala como héroe no solamente de la libertad del Perú sino de la Independencia de América seriamente amenazada entonces. Nuevamente la sangre colombiana se vierte en las tierras de los Incas, obedeciendo el mandato de Córdoba en Ayacucho ¡Armas a discreción! ¡Paso de vencedores!

Conmemoramos el primer centenario de la defensa del Callao. Uno de los



GENERAL JOSE CORNELIO BORDA
HEROE NACIONAL
1829 — 1866

actos más importantes para celebrar esta efemérides es la repatriación de los restos del héroe colombiano. Van ellos a reposar en el Panteón Militar de esta ciudad de Bogotá. Allí estarán custodiados por las armas de la República y bajo la sombra del tricolor nacional; es ese el sarcófago que corresponde a quien dió su vida por la libertad, y en su adolescencia escogió como profesión —para servir mejor a Colombia— la noble carrera de las armas. Regresan sus despojos mortales a la ciudad capital, testigo de sus primeros estudios y centro económico, cultural y social de esta bellísima Sabana de Bogotá, en uno de cuyos fundos, propiedad de sus progenitores, la hacienda de Turrillas, vió la primera luz.

El paisaje bucólico del rincón occidental de la Sabana de Bogotá es el escenario donde se desarrollan los primeros años del futuro héroe del Callao. Los sauces y cipreses que orlan las riberas de los ríos Funza, Bojacá y Facatativá son testigos de sus travesuras infantiles. Allí, cuando promedian las tardes frías del altiplano, en compañía de sus hermanas Carlota, Gertrudis, Emilia y Teófila, contempla el encierro de la vacada y toma parte en algunas de las labores rurales que sus tiernas manos pueden ejecutar. A la hora del "Angelus" llaman a los niños para el "Rosario" que diariamente es rezado por su madre doña María Dolores, en compañía de sus hijos, de las personas del servicio doméstico, de los peones de la hacienda y de algunos campesinos de la vecindad. Don José Cornelio —el progenitor— preside esa devoción; cuando terminan las "Letanías", con su voz reposada y grave, lee el "Santo del día" en el "Año Cristiano". Luego se sientan a manteles para la cena, durante la cual comentan los acaeceres de la jornada. Después, piden la "Bendición" a Don Buenaventura, el abuelo paterno; y,

los niños van a la cama. Así se suceden, uno tras otros, los días tranquilos y apacibles en la hacienda solariega de don José Cornelio Borda y Esguerra.

Generalmente algún amigo o pariente de "Cuatro Esquinas" o Facatativá, es huésped de los propietarios de Turrillas. Algunas veces, llegan visitas de Bogotá. Por ellos se conocen las noticias más importantes y los comentarios políticos del momento. La sucesión del General Santander en la Presidencia de la República había dividido las opiniones políticas de los contertulios del matrimonio Borda - Sarmiento. Don José Cornelio, había sido partidario de la dictadura de Urdaneta. Hasta lo había visitado en Funza cuando viajó a celebrar el Convenio de Juntas de Apulo. En realidad, una vez muerto el Libertador sus simpatías políticas por el General Urdaneta habían terminado. Desde entonces estuvo siempre con la legalidad representada por Don Domingo Caicedo. Ahora, el Doctor José Ignacio de Márquez era, en su opinión, el ciudadano más indicado para dirigir los destinos nacionales, ya que entre los bolivarianos, como se denominaban los amigos de El Libertador, existía, eso sí, mucho descontento, pero no habían podido acordarse para encontrar candidato que dirigiera el Estado.

En realidad Don José Cornelio, aun cuando tenía bien cimentadas sus creencias religiosas y sus ideas partidarias, no sentía ninguna afición por las actividades políticas. Era campesino. Como tal, profesaba ese amor entrañable que se siente a la tierra que se cultiva: consideraba secundarias cualesquiera otras actividades. Amaba el campo, experimentaba el placer de ver brotar la simiente, de recolectar los frutos, de cuidar los animales. En él, era la voz de la sangre. Era un mandato ancestral. Su abuelo, el Capitán Don Antonio de La Borda y Bur-

gos, al venir de Quito, a instalarse en el Virreinato de la Nueva Granada, que había sido la tierra de los primeros de su raza que vinieron al Nuevo Mundo. Se había radicado en la Provincia de Tunja, donde construyó "Casa Grande", en una hacienda del Valle de Samacá. Allí había nacido Don Buena-ventura quien luego se trasladó a la Sabana; adquirió una propiedad en Serrezuela y contrajo matrimonio con su parienta Doña Crisanta Esguerra y Cuervo, pertenecientes a familias criollas radicadas en Bosa, Tenjo y Funza y dedicadas también a las labores del campo.

Don José Cornelio Borda y Esguerra siguió el rumbo que le trazara su padre, quien, muy anciano, de más de 81 años falleció en Serrezuela en 1834. Acrecentó las pertenencias de sus mayores. Entre 1830 y 1840, adquirió las estancias de la "Majada" y "El Tabaco" de la antigua hacienda del Novillero. Luego, cerca de Fontibón, compró las Haciendas de "El Tablón" y "Guzmán de Zea" que habían hecho parte de la dehesa llamada "Rincón del Zay". Todas pertenecían al mayorazgo del Marqués de San Jorge quien, después de la Independencia, cambió su título nobiliario español por el de Zay de Bogotá; dividió sus latifundios y, poco a poco, fue enajenándolos, iniciando, quizás involuntariamente la parcelación de la Sabana de Bogotá.

El próspero propietario de "Turrihas", "La Majada", "El Tabaco", "Guzmán de Zea" y "El Tablón" había contraído matrimonio el 17 de septiembre de 1824 con Doña María Dolores Sarmiento Sánchez descendientes de familias establecidas en Gachetá y Lenguazaque, personas nobles, limpias de toda mala raza" como rezaban los certificados de hidalguía que por entonces se extendían. En realidad, Don José Cornelio hubiese podido cantar como Gabriel y Galán:

"... quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra

... ..
Compartían mis únicos amores
la amante compañera
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
'Qué buena era la esposa
y qué feraz la tierra'
Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda, ...".

No duró muchos años el feliz enlace. Cuando José Cornelio, el menor de los hijos quien había nacido en 1829, estaba llegando a los nueve años de edad, falleció Doña María Dolores. El duelo y el pesar invadieron el feudo. Para el padre viudo era muy difícil el cuidado de los niños en la propiedad rural. Además, era indispensable seguir atendiendo los menesteres de las dehesas. La educación de los menores, especialmente la del varón, imponían el sacrificio de separarse de ellos. Se resolvió entonces enviarlos a Bogotá al cuidado de uno de sus tíos maternos.

En la calle de Florián de esta ciudad de Bogotá, capital de la República de la Nueva Granada como entonces se llamaba nuestra patria, estaba ubicada la residencia del Doctor Joaquín Sarmiento, uno de sus más afa- mados médicos. Era además, hombre de espíritu emprendedor. Durante su vida se vinculó a importantes em- presas de progreso nacional, tales como la fundación del Banco de Bogotá, la construcción del Ferrocarril del Norte, la importación de semovientes de razas seleccionadas, el mejoramiento de las semillas de trigo que cultivaba en sus propiedades rurales aledañas a la ciudad y beneficiaba en el molino que había instalado en la Quinta de los Alisos. Vivía el Doctor Sarmiento con el lujo y refinamiento

que le permitían su cuantiosa fortuna y su esmerada educación. Le acompañaban dos de sus sobrinas; Doña Sofía y Doña Helena, la primera, fue más tarde su esposa y viuda, muchos años después, víctima de uno de los más atroces crímenes que se han perpetrado en esta ciudad.

A ese hogar de la calle de Florián vino a instalarse, para iniciar estudios, el único hijo varón de Don José Cornelio Borda. Algunos meses antes de la llegada del niño, una prima hermana de su padre, Doña Mercedes Borda y Romero había contraído matrimonio con Don Ulpiano González. Era una joven pareja. El apenas sobrepasaba los 22 años y ella aún no llegaba a los 18. Los recién casados, habían fundado en la ciudad un colegio particular para un reducido número de alumnos. Allí ingresó el niño José Cornelio que, —suponemos— ya había recibido posiblemente de sus padres, las primeras nociones del saber humano.

Silenciosa y como desierta debió parecerle la casa de la hacienda de Turriñas a su propietario. Ya no estaban allí ni la esposa ni el "Abuelito" como llamaban sus nietos a Don Buenaventura. Faltaban, al menos temporalmente, las risas, el movimiento y el alboroto de la prole. Sin embargo, graves preocupaciones patrióticas vinieron —en parte— a distraer al hidalgo campesino, de su tristeza.

El equilibrado Gobierno que presidía el Doctor José Ignacio de Márquez se vio casi, sorprendidamente, perturbado por las airadas protestas y desórdenes que algunos Frailes habían patrocinado en la ciudad de Pasto. Nuevamente la guerra civil amenazaba al país. Las pasiones políticas caldeaban los ánimos. Solamente el prestigio y la personalidad del General Francisco de Paula Santander podría —al mediar en la contienda— evitar los graves males que se sentían venir sobre la Pa-

tria. El Grande Hombre era venerado por sus amigos y respetado por sus adversarios; unos y otros, acataban sus opiniones y consejos. Desgraciadamente, su enfermedad y su muerte privaron al Hombre de Leyes, de prestar este último servicio a Colombia.

El duelo nacional y, la desaparición del más ilustre de los Colombianos solamente sirvió como pausa transitoria en la contienda. El incendio se propagaba por casi todas las provincias. En varias comarcas aparecieron caudillos que se proclamaban así mismos Jefes Supremos. Con ese nombre "Guerra civil de los Supremos" se desata otra de nuestras contiendas domésticas.

En la Polonia, cerca del Socorro, el Coronel Manuel González derrota a las tropas del Gobierno, reforzado con gentes de Pamplona, Vélez y Tunja; ocupa a Zipaquirá y amenaza con tomarse a Bogotá. Partidas de soldados de una y otra banda recorrieron la Sabana en busca de bagajes, ganados vacunos y alimentos. La vida pastoril de los rústicos y de los propietarios de las haciendas es violentamente perturbada. El Presidente Doctor de Márquez se retira al Cauca a unirse con el grueso del Ejército. Encarga del Gobierno en la Capital, al Vice-Presidente Don Domingo Caicedo. Los papeles y pasquines que se editan en la capital, por unos y otros, son redactados con tanta acerbia y acritud que no son la mejor contribución para sossegar los ánimos y calmar los espíritus.

Ante el peligro de que Bogotá fuese ocupada por las tropas rebeldes que el Coronel González tenía acantonadas en Zipaquirá, el Gobierno decide llamar a su servicio al Coronel Juan José Neira, veterano de la Guerra de la Independencia, que vive dedicado a las faenas campestres en su hacienda del Tiche en Ubaté. Su temeridad y valor personal son proverbiales. De él se na-

rran hazañas increíbles cuando hacía parte de la célebre guerrilla de los Almedas, la cual hostilizaba en Machetá y Chocontá a las tropas de Sámano y Barceiro. La guerrilla además establecía enlace y comunicación por intermedio de Policarpa Salavarrieta, entre los patriotas de Santafé y las tropas del General Santander en Casanare.

Neira, el antiguo veterano que frisa apenas en los cuarenta años de edad, limpia el orín de su lanza, carga sus pistoias de cantonera y jincte en brioso corcel se traslada a la Capital a responder el llamado del Ejecutivo. Intemperante, protagoniza un incidente con los editores de un escrito en el que se irrespeta a las autoridades. De todas maneras anima a los tímidos, dá confianza al Vice-Presidente de la República y organiza —no se sabe de donde— algunas fuerzas para defender la ciudad. Sus estafetas y propios galopan llevando mensajes a los amigos del Gobierno en los fundos de los alrededores de Bogotá. Uno de estos llega cerca a Facatativá hasta las propiedades de Don José Cornelio Borda y Esguerra.

Extraño trajín hay en el campo por estos días. Se doman potros cerreros; se repara el atalaje; se limpian y arreglan armas enmohecidas; seorean viejas cartucheras. Las mujeres salan el tasajo y remiendan y surcen uniformes que andaban olvidados en los desvanes. Se reúnen capataces, señores y peones y se improvisan instrucciones militares.

Los "Supremos", entre tanto, tratan de acercarse a Bogotá. Han organizado una importante vanguardia de Caballería, que comanda otro ilustrado veterano de la Independencia, el Coronel Juan José Reyes Patria; el mismo a quien el Libertador Bolívar distinguió en el Pantano de Vargas y en Boyacá, añadiendo a su apellido ori-

ginal la palabra "Patria" que mereció por brillantes actuaciones en aquellas batallas. Esas tropas salen de Zipaquirá y por el camino de Chía y Cota pretenden llegar hasta Funza, para de ahí marchar sobre la Capital.

Enterado el Coronel Neira del movimiento adversario, acelera los últimos preparativos y sale a su encuentro. Fu la hacienda de Buenavista, entre Cota y Funza, allí donde la quebrada de la Culebrera desagua en el Río Chicú, espera Reyes Patria el ataque de su enemigo. Dos colosos van a medir su bravura en un encuentro de titanes. Reyes Patria pierde la partida y a Juan José Neira se le escapa la vida por la herida que recibió en la refriega. Bogotá está por ahora fuera de peligro: Neira moribundo es trasladado a la ciudad. El Coronel González ha abandonado a Zipaquirá y se dirige hacia el norte.

El triunfo de Neira es muy importante para el Gobierno, pero solamente después de algún tiempo logra dominar la insurgencia en las otras provincias.

Don José Cornelio, el criollo sabanero de Turrillas, no ha sido y no ha tenido —que sepamos— nunca antes en su vida actuaciones militares. Consideró ahora de su deber contribuir en la medida de sus posibilidades a defender sus principios políticos y al gobierno legítimo. Su fortuna y su vida las ofreció para esa empresa. Se enroló a las milicias de paisanos que organizara el Coronel Neira y a sus órdenes marchó en busca del enemigo. Su contribución es muy importante y su actuación como combatiente en la acción de Buenavista, fue muy encomiada.

Suponemos que su hijo, quien por esta época contaba trece años de edad, tuvo que enterarse y hasta coadyuvar en los preparativos bélicos de su progenitor. Al menos una lección si recibió,

la obligación de defender en cualquier edad los principios que se consideren justos dejando a un lado la familia, la comodidad y la holganza.

No es erróneo suponer también, que el niño, por esta época residente en Bogotá en la casa del tío, Doctor Sarmiento, participara con otros muchachos de su edad en ese episodio de la vida capitalina que se llamó la "Gran Semana". Se efectuó para celebrar el triunfo de Neira y para motivar en las gentes la idea de defender la ciudad, ya que no se descartaba la posibilidad de que pudiese ser atacada otra vez. Nuevamente —como en los tiempos de Don Antonio Nariño— se paseó por las calles la imagen del Jesús Nazareno de la Iglesia de San Agustín, con charreteras e insignias de Generalísimo. Los rapaces que acompañaban el séquito, dice el cronista. gritaban ¡Mueran los judíos! con lo cual no se referían seguramente a quienes sacrificaron a Cristo, sino a los pastusos, caucanos y demás que el General José María Obando había levantado contra el Gobierno en todo el país. Los bogotanos, como antaño, volvieron a vivir aquellos días de la "Patria Boba". Los jovencitos servían como ayudantes en las obras de fortificación que, en las afueras de la ciudad, se ejecutaban por gentes de todas las clases sociales. Otros eran empleados como pinches de cocina, para asistir a las aristocráticas damas que preparaban la alimentación de quienes construían las obras de defensa de la ciudad. Nos imaginamos que el futuro héroe del Callao no era extraño a estas actividades que afectaban a toda la ciudad y a personas muy cercanas a sus caros afectos.

La paz renació en la República. Regresó el Presidente Dr. de Márquez a la capital y fue elegido para sucederle en el solio el General Pedro Alcántara Herrán. La Guerra civil de

los "Supremos" causó los estragos físicos, morales y económicos propios de esta clase de conflictos. Terminada la contienda, las gentes regresaron a sus labores habituales para rehacer con el duro trabajo lo que se había perdido durante el conflicto. El hidalgo campesino de "Turrillas" se encontraba dedicado a reparar los daños que durante la guerra habían sufrido sus dehesas, cuando en 1843, le sorprendió la muerte. Sus hijas Carlota, Getrudis, Emilia y Teófila la mayor de 18 años de edad, y José Cornelio que apenas tenía 14, quedaron bajo la tutoría de su tío el Doctor Joaquín Sarmiento.

El 1º de abril de 1845, tomaba posesión de la Presidencia de la República el General Tomás Cipriano de Mosquera. Por iniciativa del Gobierno, se expidió el 1º de junio de 1847, la Ley Sexta de ese año, que en su parte principal decía:

"El Senado i Cámara de Representantes de la Nueva Granada, reunidos en Congreso decretaron:

Artículo 1º. El poder Ejecutivo establecerá, en el lugar que estime conveniente, un Colejio militar destinado a formar oficiales científico de Estado Mayor, de ingenieros, artillería, caballería e infantería, e ingenieros civiles".

Fue éste, después del ensayo que en Antioquia hiciera el Sabio Caldas durante la Independencia, la segunda oportunidad en la que, se hizo crear un instituto docente militar.

El Gobierno puso especial interés en la organización del Colegio Militar, que inició tareas el 2 de enero de 1848 en una casa cercana al Observatorio Astronómico, institución científica que fue anexada al nuevo plantel. Fue su primer director el General José María Ortega y Ricaurte prócer de la Independencia.

Entre los profesores se contaban: El General Joaquín M. Barriga, los Coroneles Agustín Codazzi, Antonio R. de Narváez y Joaquín Acosta; el matemático don Lino de Pombo, varias veces Ministro de Relaciones Exteriores; el físico José Evoli, el químico francés Levy, el dibujante Miguel Brancho, el Doctor Gálvis y algunos más.

A los alumnos oriundos de varias comarcas del país, les otorgó el Gobierno becas de 1.200 reales anuales, a cada uno. La nómina de los cadetes fundadores según el historiador Gustavo Arboleda, fue la siguiente: Pensionados: Esteban Zamarra, por Antioquia; Manuel Garcíaherreros, por Pamplona; Juan Francisco Urrutia, por Popayán; Miguel Padilla y Pablo Emilio Durán, por el Socorro; Antonio Merizalde y Celedonio Umaña, por Tunja; Joaquín Barriga, Rafael Pombo, Isaac Arias, Manuel Ponce de León, José Cornelio Borda, Alejo Hinestrosa, Ignacio Ortega, Celestino Castro, por Bogotá. Particulares: José María Arrubla, Sixto Barriga y Emilio Escobar.

El poeta Rafael Pombo dejó un cuaderno de apuntes sobre su ingreso al Colegio Militar, que nos sirve ahora para acompañar al joven José Cornelio en sus primeros pasos en la carrera de las armas; ambos fueron condiscípulos e iniciaron sus estudios el mismo día.

Los aspirantes a cadetes habían venido preparándose desde mediados del año anterior (1847), para rendir los exámenes de admisión. Según Pombo, el 12 de diciembre presentaron las pruebas de aritmética, álgebra y francés. El 18 del mismo mes, las de caligrafía y escritura. El 14 les habían entregado espada y corbatín. Hicieron su presentación reglamentaria el 1º de enero de 1848; los "enfilaron" según dice el Poeta, conocieron a sus comandantes y les asignaron la Compañía

y Fila a que iban a pertenecer. Parece verlos llegar en la mañana de ese primero de enero, a la puerta del Colegio a los diez y nueve jóvenes, que iban a ingresar al primer curso. Parihueleros y cargucros les ayudaban a conducir el equipo y elementos con que debían presentarse, el colchón, las almohadas, etc. y, como dato curioso una bacinilla de metal de dos reales que ordenaba el reglamento.

Al día siguiente fue la inauguración oficial del Colegio, en solemne ceremonia, a la cual asistió el Vicepresidente de la República.

Borda se graduó de ingeniero civil y militar, presumimos que en 1851, año en el que obtuvo su título en lo civil, solamente el Poeta Pombo. José Cornelio y su primo Alejandro Sarmiento, fueron los dos únicos alumnos del Colegio Militar que optaron por la especialidad Castrense. Sarmiento a quien sus compañeros denominaban "El desbaratado", se encontraba en julio de 1851 todavía como alumno del colegio; como tal, lo designaron Comandante de una Tropa que se organizó con colegiales del Rosario, y que intervino en la prisión de Don Mariano Ospina Rodríguez, acaecida en una de las noches de ese mes. Borda debía por entonces hallarse como cadete o alférez del Colegio Militar. Posiblemente la graduación se efectuó a fines de ese año.

El doctor Alfredo Bateman y don Eduardo Contreras han ejecutado muy interesantes bosquejos biográficos del héroe del Callao. Ellos nos han servido de guía en este trabajo. Ninguno de los dos precisa la época en la que Borda abandonó el Colegio Militar y viajó a Europa, a perfeccionarse en sus estudios. Se sabe que en 1858 había ya regresado al país.

La afirmación que hace el señor Contreras cuando dice: "al cabo de 14 años regresó al lado de los suyos" nos parece equivocada por cuanto ella

significaría que su salida se había efectuado en 1844, época en la cual no se había aún creado y organizado el colegio militar, al cual, sin ninguna duda, ingresó nuestro personaje siendo uno de sus más aventajados alumnos.

De la imprecisión de la época en la que viajó a Europa ha surgido, en nuestra opinión, el error de afirmar que niño o adolescente, su tutor el doctor Joaquín Sarmiento resolvió enviarlo a estudiar a París. Cuando José Cornelio ingresó al Colegio Militar tenía más de 18 años de edad. Aceptando como creemos que se graduó de ingeniero civil y militar en 1851, tenemos que afirmar que viajó cuando ya era mayor de edad, ostentaba un grado dentro del escalafón militar y un título de ingeniero. Esto no significa que la resolución de perfeccionarse en el viejo continente, en las materias de su especialidad y afición, no hubiese sido acordado con su tío don Joaquín y sus otros parientes.

El 1º de marzo de 1850 en el que suponemos a Borda alumno del Colegio Militar, la mayor de sus hermanas doña Carlota, contrajo matrimonio con don Vicente Durán Sánchez, con quien la unía un lejano parentesco. La boda de la mayor de sus hermanas nos confirma la idea de que José Cornelio, quien debía representar a su difunto padre en la ceremonia, no se ausentó del país sin haber concurrido a ella.

En relación con su permanencia en Europa, el Doctor Bateman afirma lo siguiente: "Al fallecer su padre, su tío don Joaquín, resolvió enviarlo a Europa a que continuara allí sus estudios, los que adelantó en París, coronando la carrera de ingeniería civil y militar. Luégo de haberse diplomado, en busca de otros fundamentos científicos, emprendió varios viajes por Europa visitando varios Departamentos de Francia, Alemania, casi todas las Provincias de España, el Piamonte, los Estados Pontificios, Nápoles, Toscana y

Venecia; visitó también a Bélgica, Irlanda y Escocia. Dice Ortega Ricarte que en todos estos viajes: "observó" la civilización europea con curiosidad de viajero para quien las diversas rutas traen todos los días una nueva impresión. En cuadernos plenos de interés destinados por su proverbial discreción, a un reducido número de amigos, afortunados, consignó el fruto de sus observaciones, anotó cuanto golpeaba a su imaginación, dejó enseñanzas para adoptarlas al progreso incipiente de la Patria". Su enorme consagración investigadora y sus conocimientos técnicos, le abrieron de par en par las puertas de la reputación. La nación Francesa que acometía en ese entonces grandes empresas, lo encargó de la construcción de las vías férreas de la capital del Sena, así como la realización de otras no menos importantes del Estado; trabajos que ejecutó a satisfacción general. Como consecuencia de estos trabajos, el Gobierno Francés le expidió el nombramiento de Ingeniero Jefe de los Ferrocarriles que había construído. Cargo que no desempeñó, porque ya había anunciado el regreso a su Patria.

En la Biblioteca de la Sociedad Colombiana de Ingenieros se encuentran catalogados una serie de trabajos manuscritos, casi todos en francés, escritos por José Cornelio Borda indudablemente en la época cuando estuvo en Europa. La sola enunciación de las materias a que ellos se refieren señalan la categoría científica de su actor, quien seguramente dictó una serie de conferencias sobre ellos. Tratan de Cerámica, Arquitectura, Cinema, Construcción, Máquinas, Construcción de Ruedas Hidráulicas y Turbinas, Ferrocarriles, Química, Química analítica, Explotación de las Minas, Geología, Geometría Descriptiva, Hidráulica, Historia Natural, Legislación, Psicología, Metalurgia, Máquinas de vapor, Mecánica, Física

Industrial, Química Industrial, Resistencia de Máquinas, Rutas y Navegación, Geometría y Trigonometría, Cálculo Analítico y Viajes por Italia.

En 1858, Borda que ya había regresado al país y el Ingeniero Manuel Ponce de León, exalumno también del Colegio militar, presentaron a la Alcaldía de Bogotá los proyectos para la construcción de dos puentes sobre el Río San Francisco.

La licitación la perdieron los nacionales y la obra fue adjudicada al Ingeniero Inglés Tomás Reed. Los reparos que Borda y Ponce pusieron al proyecto del extranjero no fueron aceptados, más, el tiempo vino a dar la razón a nuestros compatriotas, ya que el Puente del Telégrafo que fue el construido por el Inglés, se derrumbó algún tiempo después. En 1859 fue nombrado Borda Director del Observatorio Astronómico. El doctor Bateman, autoridad muy calificada en estos asuntos, informa: "Por ese entonces dictaba clases de matemáticas. Lo único que se sabe de su labor, entonces, fue la publicación de un calendario arreglado al meridiano de Bogotá, seguido por la guía oficial y descriptiva de la ciudad". Poco tiempo después el turbión de la Guerra Civil de 1860, sacó a nuestro personaje de sus labores docentes y científicas y lo llevó a los campos de combate.

Borda fue llamado al servicio activo del Ejército de la Confederación Granadina. Según unos, con el grado de Sargento Mayor; según otros, con el de Teniente Coronel. Creemos por el cargo que se le dió —2º Comandante del Tercer Batallón de Artillería de la VI División— que fue como Sargento Mayor que reingresó a las filas. No nos ha sido posible conocer la Hoja de Servicios ni las copias de los despachos militares que se le debieron otorgar. Estos documentos son indispensables para poder aclarar los vacíos que deja el estudio de su vida militar, incluyen-

do el que anotamos anteriormente sobre su egreso y graduación en el Colegio Militar y la manera como el Gobierno le validó los grados inferiores para que ingresara en 1860 como Oficial Superior del Ejército. No está por demás aclarar, que casos como el que ahora anotamos con relación con el Sargento Mayor Borda y Sarmiento fueron de frecuente ocurrencia durante nuestras contiendas civiles.

Borda llevó una muy importante innovación en el empleo técnico de la Artillería, que consistió en rayar las ánimas de los cañones. El procedimiento por él empleado en nuestro Ejército, fue el mismo que más tarde aplicó en el Perú, cuando el ataque de la Flota Española, y sobre el que también dió instrucciones escritas a las autoridades militares de Chile, a fin de que lo empleasen en la defensa de Valparaiso.

El Cañón y el Obús, armas de la Artillería, fueron construidos al principio con tubos cuyas paredes interiores eran lisas, lo que no permitía mucha seguridad en la dirección y corrección del tiro. Para corregir este inconveniente balístico se idearon las estrías o rayas rectas, que seguían el mismo sentido que recorre el proyectil dentro del ánima. Entonces se descartó por inconveniente el rayado en cualquier otra forma. En 1845 un Oficial del Piamonte, parece que de nombre Cavalli, hizo ensayos sobre el rayado helicoidal para las armas de fuego, con muy buenos resultados. Este procedimiento fue de importancia trascendental en toda la balística; revolucionó la Artillería de Campaña ya que este sistema y el adelanto en la fabricación de las pólvoras de proyección, permitió que los cañones dejaran de ser armas de acompañamiento de la Infantería, para convertirse en arma de apoyo directo y apoyo general.

Los procedimientos de Cavalli, novedad en Europa en la época en que Borda estudiaba allí, debieron llamar su

atención. El fue quien lo trajo a nuestra Patria y posiblemente también al Perú y a Chile. Don Angel Cuervo, tan minucioso en todos los detalles, al referirse a su obra "Cómo se evapora un Ejército" a esta importante innovación que trajo nuestro personaje, solamente le dedicaba seis palabras, dice así: "Y Borda que rayo las culebrinas".

En 1859, presidía la Confederación Granadina nombre entonces de nuestra Patria, el Patricio Conservador don Mariano Ospina Rodríguez.

Señales de tormenta política amenazaban a la República. Los Conservadores de Santander se levantaron en armas contra el Gobernador Liberal de aquel Estado. Los Liberales de Bolívar depusieron al Gobernador Conservador de Cartagena. En el Cauca ejercía el mando el General Tomás Cipriano de Mosquera; los conservadores quisieron deponerlo por considerar que estaba abandonando las tradicionales doctrinas de su partido para adoptar las del radicalismo. Ante el peligro de la insurgencia en el Cauca, el General Mosquera se amistó con el Caudillo Liberal José María Obando. Este entendimiento tuvo gran significación en la vida política del país. Los dos grandes hombres, veteranos de la Independencia, habían sido enemigos irreconciliables durante toda su vida; en alguna ocasión se habían desafiado y batido en duelo.

El Cauca entonces asumió la plena soberanía y apoyado por los Gobernadores de Santander y Bolívar se rebeló contra el Gobierno Central. Mosquera se llamó así mismo gran General y Supremo Director de la Guerra, marchó contra el Estado de Antioquia donde primero venció pero posteriormente fue derrotado. Se firmó un convenio en Manizales por el cual se suspendían las hostilidades.

El presidente Ospina Rodríguez no aprobó lo pactado. La tregua fue aprovechada por el General Mosquera para reorganizar sus huestes. La guerra con-

tinuó. Los caucanos se dirigieron hacia Cundinamarca. En Neiva se unió a la revolución otro Prócer de la Independencia, el General José Hilario López. Entre tanto don Julio Arboleda llegaba al Cauca procedente de Panamá y se apoderaba de aquel Estado. El gran General, entre Honda y Ambalema, trataba de cruzar el Magdalena para apoderarse de Bogotá y derrocar al presidente Ospina cuyo período constitucional terminaba el 31 de marzo. Todo este turbión que asola al país y perturba los ánimos coge en sus garras a José Cornelio Borda, que abandona sus instrumentos de trabajo y sus cálculos matemáticos para ir a la guerra.

Ante tan apurada situación el Gobierno del señor Ospina envió la VI División del Ejército de la Confederación, al mando del Coronel Gutiérrez Lee al alto Magdalena con la misión de impedir que el General Mosquera cruzara el río. De esta División hacía parte el tercer Batallón de Artillería del cual era el 2º Comandante el Sargento Mayor José Cornelio Borda. Mosquera hábil y político, se propuso dilatar el encuentro con el enemigo, así conseguía que se venciera el período constitucional del doctor Ospina y desgastar al Ejército contrario, de más de 6.000 hombres, que en la molición y la holganza se desmoralizaba o se "evaporaba" como afirmó don Angel Cuervo.

El Coronel Gutiérrez acantonó sus tropas en Guaduas. Allí pasaron dos semanas enteras de inacción. Algunas misiones de reconocimiento son encomendadas a Borda. Por último a fines de febrero, parte del tercero de Artillería, recibe una misión de fuego sobre Ambalema. El enemigo que se dá cuenta del movimiento, lo hostiliza y lo obliga a retirarse a la Barrigona, en donde se atrinchera. El Coronel Gutiérrez trata de salvar sus cañones y marcha a la Barrigona. Mosquera cru-

za el Magdalena y los ataca el 2 de marzo. No se le pueden escapar. El encuentro es violento; al llegar la noche Gutiérrez Lee se desprende y marcha hacia Chaguaní. Allí los Jefes de ambos bandos pactan una tregua de 6 días. El astuto General Mosquera los aprovecha para acantonar sus tropas en Guaduas. Gutiérrez Lee no le ataca y se dirige en una penosa marcha hacia La Mesa. Mosquera sigue a Villeta y de allí se dirige hacia la Sabana de Bogotá. Gutiérrez Lee junto con las tropas que el General París trae del Tolima, ocupa a Facatativá. En Subachoque, chocan violentamente los adversarios. En oscura y siniestra emboscada pierde la vida el General Obando. La reacción de los negros caucanos al conocer la muerte de su Jefe, por quien tenían especial veneración, es violentísima. El Ejército de la Confederación abandona el campo de combate. La Orden del Día registra el heroico comportamiento de Borda. Mosquera marcha a Usaquén y posteriormente entra a Bogotá. En este último combate el Teniente Coronel José Cornelio Borda dirige los fuegos de Artillería. La Confederación ha perdido la guerra, pero ésta aún no ha terminado.

Todavía se lucha en defensa de la ciudad capital. En el cerro de Monserate, en la Iglesia de San Diego, en San Victorino, en la Plaza de Bolívar. El 18 de julio de 1861 el gran General entra triunfante a la ciudad. Las cárceles se abren para evacuar a los presos políticos liberales y... para recibir a los conservadores. ¡Cosas de nuestras contiendas civiles!

Para aplastar definitivamente a las Tropas de la Confederación Granadina que aún continúa la guerra, el General Mosquera envía al General José Hilario López al Cauca a luchar contra don Julio Arboleda; el General Santos Gutiérrez a Santander, contra el General Leonardo Canal. El propio Mosquera en Cundinamarca, quiere ani-

quilar una guerrilla que en la población de Guasca se ha formado con campesinos de la región y combatientes de la antigua VI División: la que comandaba el Coronel Gutiérrez Lee.

En esa comarca, el Coronel José Cornelio Borda activa y organiza esas Fuerzas—ahora irregulares—que, hostigan a las autoridades y a las tropas del nuevo Gobierno del gran General.

En febrero de 1862, los "Guascas" como con tanto pavor los denominan en Bogotá, sigilosamente penetran en la ciudad y atacan sorpresivamente la Casa de Moneda y el convento de Santo Domingo, en donde se han instalado las Fuerzas Liberales. Borda va a la cabeza de sus copartidarios. Esta acción ha sido una temeridad y se han realizado hazañas de valor dignas de mejor causa. Los "Guascas" son en parte dispersados y Borda se dirige a Honda con el ánimo de refugiarse en Antioquia en donde aún son fuertes las Tropas de la Confederación.

Al llegar a Honda es hecho prisionero. Su equipaje es saqueado; se pierden diplomas, libros y manuscritos de gran valor. Especialmente éstos, que eran el trabajo científico de muchos años de estudio e investigación. Es conducido al Convento de Santo Domingo de Bogotá. Hace varias intentonas para fugarse y al fin lo consigue el 4 de marzo de 1862. Pretende entonces alcanzar al General Cabal que se dirige al Tolima, a unirse a don Julio Arboleda en el Cauca.

El Ejército del Cauca lo destina al norte. Es vencedor en Jiménez y, concurre a la acción de Santa Bárbara de Cartago en donde las últimas Tropas de la Confederación son derrotadas. Fugitivo, se dirige a algunas de las poblaciones de los alrededores de Manizales. Allí debió enterarse del asesinato de don Julio Arboleda en Berruecos y de la capitulación del General Canal en Pasto. Decidió entonces abandonar el País y regresar a Europa. Antes, vi-

sitaría los Países del Continente Suramericano. Llegará hasta Lima donde reside su tío, el hermano de don Joaquín, don José María Sarmiento.

Posiblemente a mediados de 1863 arribaba José Cornelio Borda y Sarmiento a la ciudad de Lima. A fines de ese año, en "El Mercurio" de aquella ciudad, aparecen varios artículos científicos firmados por él. La República del Perú atravesaba en esa época una difícil situación interna producida por el descontento que en la población había causado la manera como se había manejado el problema con España, que en aguas del Pacífico, en las costas mismas del Perú, mantenía una Flota que amenazaba sus costas. Varios incidentes se habían presentado. Por último, Manuel Prado, se subleva en Arequipa y derroca el Gobierno.

Al establecerse el nuevo Gobierno se le declara la guerra a España.

Nuestro compatriota José Cornelio Borda ya conocido en los círculos sociales y científicos de la ciudad del Rimac, ofrece sus servicios a la Nación hermana. Sus conocimientos de ingeniería militar y sus técnicas de estriar los cañones y obuses son utilizados por el Gobierno del señor Prado. Ante la

inminencia del ataque español, el Coronel de Artillería don José Cornelio Borda y Sarmiento, acompaña al Ministro de Guerra al Puesto de Mando de las Fortificaciones del Callao. Quiso la fatalidad que el triunfo que, sobre las armas españolas se obtuvo, ocasionara la muerte de nuestro Ilustre compatriota y del señor Coronel José Gálvez.

Los Tricolores de Colombia y el Perú, emblemas representativos de las dos Naciones, presiden esta conmemoración. Los Estandartes de las Armas de Artillería e Ingenieros escoltan las Banderas Patrias.

Ahí están representadas con todas sus tradiciones la tierra donde naciera José Cornelio Borda y Sarmiento, y, aquella en la que se inmoló en aras de la Independencia y Libertad.

Allí, el blanco y negro de la Artillería, Arma en la cual sirvió. Allí, el morado de los ingenieros, especialidad a la cual dedicó sus estudios y sus investigaciones.

Estos cuatro pendones presiden este acto porque a Colombia y al Perú, a la Artillería y a los Ingenieros **honró** José Cornelio Borda y Sarmiento.

A todos dió gloria.

